

DESPUÉS DE LA SEÑORITA JULIA

Patrick Marber

Traducción: Gonzalo de Santiago

PINCHEFORN PRODUCCIONES S.L.

PERSONAJES

SEÑORITA JULIA..... *Veinticinco años de edad.*

JUAN..... *El chófer y ayudante de cámara de su padre, treinta años.*

CRISTINA..... *Una cocinera, treinta y cinco años.*

LUGAR

La cocina de una enorme casa de campo a las afueras de Londres.

TIEMPO

26 de julio de 1945. Por la noche y la mañana siguiente.

El Partido Laborista británico ganó de manera aplastante las elecciones aquella noche.

NOTA TRADUCTOR: Traducción provisional. Todavía inacabada a falta de correcciones y algunos cambios menores. Puede que esta copia contenga alguna errata.

La cocina es una gran sala en el sótano. Está un poco venida a menos, descuidada. Una puerta lleva hacia un patio exterior (que no se ve) y más allá donde un baile está teniendo lugar. Otras puertas llevan a las dependencias de los sirvientes. En el centro de la habitación hay una gran mesa de madera, sillas en ambos extremos y un banco en cada lateral. Sobre la mesa un par de botas de montar a caballo negras, betún y cepillos para lustrar zapatos. En otra parte una campana y un sistema telefónico (de comunicación interna) para comunicarse con otras zonas de la casa.

A lo largo de la primera secuencia de la obra se escucha la música de una Big Band que procede del exterior.

Cristina *está sola en unos grandes fogones cocinando riñones. Lleva puesto un vestido de verano con un delantal de cocinar encima.*

*Después de un rato entra Juan. Viste el uniforme de chófer. Lleva un periódico, la edición londinense del "The Evening News". Deja las llaves del coche en un pequeño cajón junto a la puerta. Después se dirige al fregadero y se lava las manos y la cara. A lo largo de esta acción **Cristina** ha dejado de hacer lo que estaba haciendo y ha estado observándole. Después de un rato:*

JUAN: Perdón.

CRISTINA: Es más de medianoche.

JUAN: Lo siento.

CRISTINA: Ya he cenado.

JUAN: He tenido que llevar a su Señoría a las celebraciones; había una gran fiesta en Central Hall. La policía nos escoltó hasta allí. Tendrías que haber visto el gentío.

CRISTINA: Te oí aparcar hace media hora.

JUAN: Sí, bueno, paré un momento en el granero – sólo para hacer acto de presencia y que me vieran la cara. Y justo va y aparece la Señorita Julia haciendo aspavientos muy afectada y me dice "Baila conmigo". Y no pude decirle que no.

Se sienta en la mesa.

Está loca, bailando con todo el mundo, con cualquiera. Haciendo todo tipo de estupideces en público. Está completamente loca.

CRISTINA: No seas malo. Tiene mal de amores, pobrecita.

JUAN: *(Suspira)* El "Oficial Reacio".

Pausa.

¿No te parece raro? ¿Que se quede en casa con los empleados del servicio? Creí que iría a Londres con su padre.

CRISTINA: Me imagino que no querrá encontrarse con nadie conocido. Es muy bochornoso para una dama que te dejen plantada de esa manera.

Pausa.

JUAN: Yo estaba allí. Cuando él la dejó.

CRISTINA: *(Interesada)* ¿En serio?

JUAN: Mi natural discreción me impide cotillear.

CRISTINA: Haz lo que te de la gana.

JUAN: Estaban en las caballerizas, “haciendo el tonto”. Ella estaba haciendo el payaso con una fusta, “domesticándole” decía. Estaba haciéndole saltar sobre la fusta, como si fuera un perrito. Él saltó dos veces la fusta y cada una de las dos veces ella le dio un fustazo. A la tercera vez se volvió loco y le metió tal hostia con el revés de su mano que le cortó la cara con el anillo que llevaba. Después cogió la fusta y la partió, su corazón incluido.

CRISTINA: ¿Y qué hacías *tú* en las caballerizas?

JUAN: Nada... me estaba dando una vuelta. Algo huele muy rico...

CRISTINA: Riñones con pan tostado.

Ella le sirve la comida.

JUAN: Los riñones son imbatibles, sobre todo la variedad del mercado negro.

Él le da a ella una pequeña cachetada juguetona.

Podrías haber calentado el plato.

CRISTINA: Eres peor que su Señoría con todas tus manías.

Él empieza a comer. Ella le acaricia el pelo y le besa en el cuello.

JUAN: No confundas mis apetitos.

Ella le acaricia la mejilla.

CRISTINA: Pinchas un poco...

JUAN: Se me ha roto la navaja de afeitar. ¿Vas a conseguirme una nueva?

CRISTINA: Lo que haga falta para su Señoría.

JUAN: Puedes conseguirla prestada.

CRISTINA: No seas grosero.

Ella pone una botella de cerveza sobre la mesa para él.

JUAN: ¡¿Cerveza?! Se supone que estamos de celebración.

Él saca una botella de vino tinto abierta.

El mejor Borgoña de su Señoría. Directamente de la mesa de la cena de anoche.

Cristina le alcanza un vaso normal.

JUAN: Vaso de *vino*...

CRISTINA: Míralo, qué exigente que es. Que el Cielo ayude a la mujer que se case contigo.

Ella le alcanza una copa de vino.

JUAN: Tranquila, le estás hablando a un caballero. Tú caballero, tal vez.

Él prueba el vino de manera ostentosa para divertirla.

Igualito que Winston Churchill: robusto, de cuerpo entero...

Vacía el vaso.

Y acabado.

CRISTINA: Pobre Winston.

JUAN: De *pobre* nada.

Ella pone una sartén sobre uno de los hornillos de la cocina y empieza a remover la comida que está cocinando.

Recuerdo comprar cajas enteras de este vino, con su Señoría, antes de la guerra..

Pausa. Juan continúa comiendo y leyendo el periódico.

*Después de un rato se da cuenta del olor que viene de la sartén de **Cristina**, le perturba.*

¿Qué es ese hedor?

CRISTINA: Una poción mágica. La señorita Julia me la ha pedido para Emilia.

JUAN: ¿Te pones a cocinar para su chucho? Se supone que hoy tenías la noche libre. *(Irónico)* ¡Es un escándalo!

CRISTINA: La pobre perra está preñada, el dogo del guardés se la ha cepillado. La Señorita Julia está furiosa.

JUAN: Entonces ¿para qué es el brebaje?

Ella hace el mimo de que la poción le provocará a la perra un aborto.

¡No!

CRISTINA: ¡Como lo oyes! Ella dice que la perra le ha traicionado.

JUAN: ¡Está fatal de la cabeza!

Él le pasa su plato a ella.

Gracias, amor. *(Haciendo burla, sarcástico)* La aristocracia *adora* a los animales. Por eso los caza, matamos aquello que amamos.

Empieza a lustrar las botas de montar a caballo.

Su madre también estaba completamente loca. ¿Te acuerdas de ella aquí sentada? ¿Cómo lo llamaba? – “confraternizando con la tropa”. (*Negando con la cabeza*) No me extraña que sean una raza en extinción. Se supone que la Señorita Julia es la señora de la casa pero tendrías que haberla visto en el granero tonteando con los jardineros, hasta los mozos de cuadra se llevaron su ración.

CRISTINA: Y el chófer también.

JUAN: Eso es distinto, yo soy...

CRISTINA: ¿Qué?

JUAN: Distinto. Los ricos no deberían venderse baratos jamás. Cuando intentan comportarse como todo el mundo se vuelven vulgares. Aunque ella baila muy bien, eso se lo concedo.

CRISTINA: Eso no es lo único que le concedes.

JUAN: ¡Eh! ¡Respetar a tus superiores, chica! Ella es una potranca de muy buen ver. Buena piel... y... etcétera.

CRISTINA: Te sorprenderías, Claire la viste y me ha contado que –

JUAN: Ah, la envidia de las mujeres.

Un número musical termina fuera. Aplausos.

CRISTINA: ¿Me concederás un baile cuando termine con esto?

JUAN: Por supuesto.

CRISTINA: ¿Me lo prometes?

JUAN: Acabo de decirte que sí.

La Señorita Julia entra y se queda de pie parada en la puerta. Tiene la cara (los cachetes) enrojecida por los bailes y por un poco de alcohol de más.

Juan oculta disimuladamente la botella de vino y se levanta respetuosamente, poniéndose la chaqueta. Cristina permanece de pie junto a los fuegos de la cocina, de la misma manera.

Pausa.

JULIA: Buenas noches Juan. De nuevo.

JUAN: Buenas noches Señorita Julia.

JULIA: ¿Está listo, Cristina?

CRISTINA: Casi, Señorita.

JULIA: ¿A que vas a ser un ángel y vas a ponerlo en una botella?

CRISTINA: Sí, Señorita Julia.

La Señorita Julia entra y deambula por la cocina mirando. Juan y Cristina permanecen inmóviles.

JULIA: ¿Estáis los dos abrumados por la emoción?

Ninguno de los dos saben a qué se refiere.

¡Las elecciones!

CRISTINA: Sí, Señorita.

JULIA: Apuesto a que los dos votasteis por el Partido Laborista.

CRISTINA: Sí, Señorita Julia.

Ella continúa con su trabajo en los fogones.

JULIA: ¿Y tú, Juan?

JUAN: El voto es secreto, Señorita, me temo que no puedo revelarle mi voto.

La Señorita Julia le lanza su pañuelo en la cara.

JULIA: ¡Impertinencia!

JUAN: (*Inspira*) Violeta.

JULIA: Sentido del olfato y ritmo, ¿hasta dónde llega su talento?

Ella le ofrece su brazo.

JULIA: ¿Vamos?

Pausa.

JUAN: Sin ánimo de ofender, Señorita Julia, pero le prometí este baile a Cristina.

La Señorita Julia está decepcionada pero intenta ocultarlo.

JULIA: (A Cristina) Ella puede bailar contigo en cualquier momento, ¿verdad Cristina?
¡Te ordeno que me prestes a este hombre!

CRISTINA: Claro, tengo que terminar esto. (*Instándole a que vaya*) Vamos, Juan...

JUAN: No quiero parecer maleducado pero ¿acaso es apropiado para usted bailar dos veces en una misma noche conmigo? La gente dirá cosas.

JULIA: ¿Cosas? ¿Qué gente? ¿Qué “cosas”?

JUAN: No estoy muy seguro de que deba favorecer a un miembro del personal de servicio frente a otros.

JULIA: Tú eres el que está haciéndome *a mi* el favor. Yo puedo bailar con quien me de la gana tantas veces como me de la gana cuando me de la gana. Ahora somos un país libre, Juan. Ya sé que eres un conservador encubierto, ¿no es así? Cada uno en su lugar para siempre.

JUAN: No, Señorita Julia.

JULIA: Y deja de llamarme “Señorita”.

Ella vuelve a golpearle con su pañuelo.

Sólo por esta noche. Mañana podremos volver a los tiempos oscuros si así lo prefieres. Vamos, ¡baila conmigo! Me gusta mucho la manera en la que me llevas en el baile. El resto de los hombres tienen claramente los pies torcidos.

JUAN: Como usted desee, estoy a su servicio.

JULIA: ¡No es una orden, es una invitación! ¡Bórrate ya esa cara de ansiedad feudal y ven a bailar!

Ella le conduce hacia fuera.

La música empieza a sonar.

Cristina friega el plato de **Juan**.

Guarda la botella de vino.

*Deja sobre la mesa la botella con “la poción” lista para la **Señorita Julia**.*

Se quita el delantal y lo cuelga en un gancho junto a su escritorio.

*El traje de **Juan** está colgado, **Cristina** le quita una mota de polvo y lo deja extendido sobre la mesa listo para que él se lo ponga.*

*Se da cuenta de que la **Señorita Julia** se ha dejado olvidados su pañuelo y su bolso. Cuidadosamente dobla el pañuelo y lo deja junto a su bolso junto con la botella con la poción.*

Se sienta en su escritorio, cansada. Bosteza, se estira un poco. Después saca un espejito de mano y maquillaje de un cajón y se pone pintalabios y polvos de cara.

Se mira en el espejo. Se enciende un cigarrillo, fuma, cierra los ojos, exhausta.

*Escucha la música. Esperando a que **Juan** vuelva.*

Se acomoda en la silla, intentando aliviarse y ponerse cómoda. Deja caer su cabeza en sus brazos descansando sobre el escritorio.

Su cigarrillo se va consumiendo en el cenicero. Se queda dormida.

Al cabo de un rato la canción termina. Aplausos.

*Inmediatamente después entra **Juan**.*

Ve que ella está dormida y cuidadosamente apaga el cigarrillo.

Después va al fregadero y se lava la cara. Es una noche calurosa y está sudando después del baile.

Cristina se despierta, le observa.

JUAN: Está completamente loca. Todo el mundo estaba riéndose de ella. ¡Estaba brincando y tonteando como una posesa!

CRISTINA: No seas malo, está fuera de sí. Tiene la regla esta semana, me lo dijo Claire.

Juan se ríe. Una nueva canción empieza a sonar.

Esta es mía.

Ella pone sus brazos alrededor del cuello de él y ambos empiezan a balancearse al ritmo de la distante música. Sus caras están muy cerca.

JUAN: ¿No estás enfadada conmigo por haberme ido a bailar?

CRISTINA: Tenías que ir. Se muy bien cuál es mi lugar y creo que tú también sabes cuál es el tuyo.

JUAN: Vas a ser una esposa – muy – buena.

*En cada palabra él la besa. Están unidos en un abrazo justo en el momento en el que entra la **Señorita Julia**. Juan está de cara hacia ella. Se miran fijamente el uno al otro. Después Juan deshace el abrazo suavemente.*

JULIA: Por favor continuad...

CRISTINA: La medicina está lista, Señorita, para Emily.

JULIA: Ya veo. (A Juan) Eres un compañero encantador, huyendo de tu mujer de esa manera.

JUAN: Al contrario, Señorita, he venido corriendo a ella.

JULIA: Agárrate fuerte a este, Cristina. Es un bailarín incomparable pero escurridizo.

Pausa. Ella entra más adentro en la cocina.

(A Juan) ¿Por qué tienes puesto tu uniforme? Quítatelo, esta noche no trabajas.

JUAN: No he tenido tiempo de cambiarme, Señorita Julia, he llevado a su padre a la ciudad.

JULIA: Ya lo sé. ¿Este es tu traje?

JUAN: Sí.

JULIA: Póntelo, es bonito.

Él vacila. Ella le da una orden, despacio, seductoramente.

Póntelo, Juan.

JUAN: ¿Me disculpa, mi Señora?

JULIA: No te preocupes por mí, me taparé los ojos.

Juan y Julia están en shock y un poco avergonzados.

JUAN: Con su permiso iré a mi habitación, Señorita.

CRISTINA: Como desees.

Juan sale con su traje. Pausa.

La Señorita Julia saca un cigarrillo de su bolso.

CRISTINA: Aquí tiene, Señorita.

Le entrega a la Señorita Julia un mechero.

JULIA: Gracias. ¿Quieres uno?

CRISTINA: No, muchas gracias, Señorita.

Pausa.

JULIA: No te preocupes por mi si tienes trabajo que hacer.

CRISTINA: Gracias, Señorita.

Cristina se sienta en su escritorio y se pone a revisar unos papeles. Pausa.

JULIA: ¿Juan es tu prometido? Parecéis bastante... ¿íntimos?

CRISTINA: Íbamos a casarnos pero empezó la guerra y... no estamos oficialmente comprometidos.

JULIA: ¿Oficialmente?

CRISTINA: Bueno, no tengo un anillo, Señorita.

Pausa.

JULIA: *(Para sí misma)* Yo sí tuve un anillo...

Cristina reprime un bostezo.

JULIA: Discúlpame Cristina, ¿te estoy aburriendo?

CRISTINA: No, Señorita Julia, lo siento mucho, estoy cansada.

JULIA: En ese caso, debes irte a la cama.

CRISTINA: Juan me prometió un baile, creo que voy a –

JULIA: A los hombres les gusta mantener a sus mujeres, pero no sus promesas.

La Señorita Julia fuma. Al cabo de un rato Juan vuelve con el traje puesto. Durante la siguiente secuencia de diálogo Cristina vuelve a quedarse dormida.

JULIA: *Très gentil, Monsieur Jean, très gentil.*

JUAN: *Vous voulez plaisanter, Mademoiselle.*

JULIA: *Et vous voulez parler français.* ¿Dónde aprendiste eso?

JUAN: Aprendí un poco durante la guerra, en Francia.

JULIA: Espero que eso fuera todo lo que aprendiste en Francia.

El chiste no tiene gracia.

Estás hecho todo un caballero con ese traje. *Charmant.*

JUAN: Usted me halaga.

JULIA: ¿Te halago?

JUAN: Mi posición me impide creer que usted me extendería un verdadero cumplido razón por la cual debo asumir que usted estaba exagerando el elogio... o halago.

JULIA: ¡Madre mía, qué lenguaje! ¿Acaso eres un mecenas del teatro?

JUAN: A veces solía acompañar a su padre. Y en sus viajes al extranjero también.

JULIA: Pero tú creciste aquí, ¿verdad?

JUAN: Mi padre fue jornalero en esta finca. Nuestra familia ha trabajado aquí durante siglos.

Pausa.

La recuerdo a usted cuando era una niña...

JULIA: ¿De verdad? ¿Qué es lo que recuerdas?

Juan señala a Cristina con la cabeza que ahora está dormida.

JULIA: *(susurrando)* Está dormida...

Ambos la miran.

¿Ronca?

Pausa.

JUAN: No.

Pausa.

Habla.

La Señorita Julia y Juan se miran. Nerviosamente la Señorita Julia coge otro cigarrillo.

JULIA: ¿Fumas?

JUAN: No, gracias.

JULIA: ¿Tienes un mechero?

Sin hacer ruido saca del cajón las cerillas de Cristina y enciende el cigarrillo de la Señorita Julia.

Merci, Monsieur. ¿Por qué no fumas? Creía que todos los soldados fumaban.

JUAN: Yo ya no soy un soldado.

JULIA: Tienes un pecho débil. Sí, me lo contó mi padre. Fuiste desmovilizado dos meses antes de lo debido... por tu pecho débil.

JUAN: Sí.

JULIA: ¿Por qué no te sientas?

JUAN: Jamás me tomaría semejante libertad en su presencia.

JULIA: Pero ¿y si yo te lo ordenara?

JUAN: En tal caso obedecería.

JULIA: Pues entonces siéntate.

Justo en el momento en que está a punto de sentarse.

No, espera, ¿tienes algo para beber?

JUAN: Sólo cerveza.

JULIA: ¿"Sólo"? A mi me gusta la cerveza. No soy más que una simple chica de campo.

Juan va a por una botella de cerveza y se la sirve a ella en un vaso.

JULIA: ¿A qué se parece la guerra?

JUAN: ¿A qué se parece? A nada.

JULIA: ¿Mataste a un montón de alemanes?

JUAN: A cientos.

JULIA: ¿No a miles?

JUAN: A cientos de miles.

Él le sirve otro vaso.

JULIA: Gracias. ¿No me vas a acompañar?

JUAN: La verdad es que no soy bebedor de cerveza pero si mi Señoría lo ordena...

JULIA: Es la cortesía quien lo ordena, Juan.

Mientras él se sirve un vaso ella se recuesta en un banco.

¿Te parece que soy una borrachuza espantosa?

JUAN: No, mi Señora.

JULIA: Yo sí creo que soy una borrachuza espantosa. Y ahora, un brindis... por mi.

JUAN: Por usted.

JULIA: Por ti.

JUAN: Por mi.

JULIA: Por el socialismo.

JUAN: Por el socialismo.

JULIA: Por la paz.

JUAN: Por la paz.

JULIA: ¿Por qué más? Por el amor.

JUAN: Por el amor.

JULIA: Por los trabajadores.

JUAN: Por los trabajadores.

JULIA: Bravo.

Beben.

Y ahora besa mi zapato.

Él le clava la mirada.

Como señal de respeto.

Ella levanta el pie y lo deja colgando.

Pausa.

Él se mueve hacia ella, ella le quita el pie.

Pausa. Se miran el uno al otro.

Ella levanta el pie y lo deja colgando. Él se mueve hacia ella, ella le quita el pie.

Él le clava la mirada. Ella levanta el pie y lo deja colgando. Él se acerca a ella muy rápido; le atrapa el pie, lo sujeta con fuerza.

Se miran el uno al otro.

Él se arrodilla y le besa el zapato.

Muy bien. Demasiado rápido para mi, Monsieur Jean.

Él se pone de pie y se recompone la ropa.

JUAN: Creo que es mejor que apuremos el trago, Señorita Julia. Cualquiera podría vernos.

JULIA: Cierra las contraventanas.

JUAN: Todos estaban hablando antes ahí fuera...

JULIA: ¿Y qué decían?

JUAN: Estaban siendo... sugerentes. Usted sabe a lo que me refiero, ya no es ninguna niña. Si la ven aquí por la noche, bebiendo, sola...

JULIA: No estamos solos, tu futura esposa está con nosotros.

JUAN: Dormida.

JULIA: Entonces la despertaré.

*Ella le mira a él y después camina parsimoniosamente hacia **Cristina**.*

¡Cristina! ¡Cristina!

(A **Juan**) Dormida como un tronco...

¡Cristina! ¡Despiértate! ¡Protégenos de los cotillas!

JUAN: (Cortante) Déjela tranquila.

La Señorita Julia se gira hacia él, un poco estupefacta por el tono de Juan pero contenta de que le haya impedido despertar a Cristina.

JUAN: Ha estado trabajando todo el día, está exhausta. Permítala descansar.

JULIA: Un noble sentimiento, eso habla muy bien de ti.

Ella le encara.

Vamos afuera y coge algunas lilas para mi.

JUAN: No puedo. No es posible.

JULIA: ¿Por qué?

JUAN: Por ellos.

Él hace gestos señalando afuera.

JULIA: ¿Creen que podría enamorarme de un criado?

JUAN: Ellos no ven más allá.

JULIA: ¡Eres un snob! Hasta yo tengo mejor opinión de “ellos” que tú. Vamos.

JUAN: Sus opiniones son bienvenidas. Pero yo conozco a esa gente. Ellos no ven lo que hay, sólo ven lo que hay dentro de sus cabezas.

JULIA: Muy bien, vayamos a comprobarlo. *Vamos.*

Ella le encara, sus manos extendidas.

JUAN: *(Suavemente)* Es usted extraña...

JULIA: Todo es extraño... la vida... la gente... todo es una capa de mugre que flota sobre el agua a la deriva hasta que se hunde.

Pausa.

Ven conmigo. ¿Qué importa lo que diga o piense la gente?

Él piensa. Se mueve hacia ella. Se para, se restriega el ojo.

JULIA: ¿Qué pasa?

JUAN: Nada, me ha entrado polvo.

JULIA: Déjame ver.

Ella le sienta y le reclina la cabeza hacia atrás. Suave y cuidadosamente le sube el párpado para mirarle el ojo.

Cristina se ha despertado pero todavía está adormilada...

Quédate quieto... no te muevas... puedo sentir como te mueves... quédate... quieto... es una pestaña... una pestaña negra y larga...

CRISTINA: ¿Qué pasa?

JUAN: Nada, una pestaña.

CRISTINA: Es muy aprensivo con sus ojos. ¿Me permite, Señorita?

La Señorita Julia se aparta a un lado.

JUAN: Estoy bien, ya se me ha ido.

CRISTINA: Déjame mirarte.

JUAN: Ya se ha ido.

Pausa.

CRISTINA: Se dejó olvidado su bolso, Señorita, y ahí tiene la medicina para Emilia.

JULIA: Gracias.

Pausa. La Señorita Julia no muestra la más mínima intención de irse.

CRISTINA: ¿Me necesita para algo; Señorita?

JULIA: No, estoy bien. Gracias, Cristina.

CRISTINA: Entonces, si me permite, me iré a la cama, Señorita.

JULIA: Por supuesto.

CRISTINA: Buenas noches, Señorita Julia.

JULIA: Buenas noches, Cristina.

JUAN: Buenas noches.

Cristina da una vuelta por la cocina torpemente.

CRISTINA: ¿Te despierto mañana, para ir a la iglesia?

JUAN: Gracias.

CRISTINA: Buenas noches, Señorita.

Cristina se va. Juan busca algo que hacer y se pone a ordenar la cocina.

JULIA: ¿Dónde estábamos?

JUAN: Me estaba contando su teoría sobre la vida.

JULIA: No seas cruel.

Silencio. Se hacen conscientes de la música que viene de fuera.

JULIA: Cuéntame sobre tus visitas al teatro, con mi padre.

JUAN: No hay mucho que contar. Solía llevarle al teatro, él se sentaba en el palco real, yo en el gallinero. Después de la función él cenaba en su club, yo esperaba en el coche.

JULIA: ¿Qué hacías “en el coche”?

JUAN: Leía el periódico, el programa de mano, hablaba con otros chóferes... en sus coches

JULIA: ¿Nunca había mujeres?

JUAN: ¿Mujeres chóferes? Difícilmente.

JULIA: ¿Hablabas con alguna mujer? ¿Prostitutas?

JUAN: No.

JULIA: ¿Mi padre hablaba con alguna mujer?

JUAN: No.

JULIA: ¿Prosti –

JUAN: No.

JULIA: Mi madre falleció hace diez años, ¿qué otra cosa le queda a un hombre?

JUAN: Ciertamente.

JULIA: ¿Te escandalizo?

JUAN: No tanto como a usted le gustaría.

JULIA: ¿Y comentabais la obra durante la vuelta a casa?

JUAN: A veces.

JULIA: ¿Esos son sus zapatos?

JUAN: Sí.

JULIA: ¿Te cae bien mi padre?

JUAN: Sí.

JULIA: Pero ¿le respetas?

JUAN: Sí.

JULIA: ¿Te gustaría que él fuera *tu* padre?

Silencio. Están cerca.

Lo siento, no ha sido una pregunta muy madura.

JUAN: Usted es joven...

JULIA: Y tan inocente...

JUAN: No lo creo...

JULIE: Es verdad... Monsieur Jean...

Ella le mira fijamente.

Él avanza para besarla.

Ella le abofetea con fuerza la mejilla.

Pausa.

JUAN: Tengo trabajo que hacer, ya es hora de que se vaya a dormir, le sugiero que se retire a descansar.

JULIA: (*Divertida*) ¿Qué trabajo?

Juan comienza a lustrar un zapato.

JULIA: Deja eso.

Él la ignora.

JULIA: ¡DEJA ESO!

Él deja el zapato.

JULIA: Eres orgulloso. Eres un Don Juan – un Don Juan. ¿Has ido alguna vez a la ópera?

JUAN: No.

JULIA: La próxima vez que vaya a Covent Garden voy a llevarte conmigo. Pero a diferencia del hipócrita de mi padre te sentarás conmigo en el palco real. ¿Te gustaría?

JUAN: Tengo que lustrar estos zapatos para mañana a primera hora. No es mi trabajo entretenerla.

JULIA: Por favor no te enfades.

Silencio.

En fin, buenas noches entonces.

Ella apaga su cigarrillo, deja su bolso sobre la mesa y se dirige hacia la puerta. Se queda merodeando en la puerta.

Pausa.

JUAN: Se le ha olvidado su bolso.

JULIA: Pues tráemelo.

Juan se levanta y le entrega el bolso.

JULIA: Gracias, Juan. Buenas noches.

JUAN: Buenas noches, Señorita Julia.

Se quedan el uno frente al otro mirándose.

Silencio. Ella vuelve a entrar en la cocina.

JULIA: ¿Quieres mucho a Cristina?

JUAN: Por supuesto.

JULIA: Pero ¿estás *enamorado* de ella?, porque hay una diferencia ¿no? Yo no estoy segura de que haya estado enamorada alguna vez. ¿Y tú? ¿Alguna vez has estado enamorado, Juan? ¿Loco de amor?

Pausa.

JUAN: Sólo cuando era pequeño.

JULIA: ¿Quién era ella?

Pausa.

JUAN: Usted ya lo sabe.

Él baja la mirada.

JUAN: Es ridículo, ¿verdad?

JULIA: No lo es. Cuéntame...

JUAN: Había estado en la huerta de su padre... su "Jardín del Edén"... decidí ir a coger algunas manzanas...

JULIA: Robando manzanas.

JUAN: Cogiendo manzanas. Estaba con mi madre, quitando las malas hierbas del huerto de cebollas, en el terreno donde ahora está el granero.

JULIA: Pensaba que el granero siempre estuvo ahí.

JUAN: No, lo construyeron cuando usted tenía siete años. Aquellos que trabajan la tierra lo saben mejor que aquellos que la poseen.

JULIA: ¡Eres un rojo!

JUAN: Estoy muy lejos de serlo.

JULIA: Un cínico entonces.

JUAN: Realista. Fue en el verano del '27... Yo tenía doce años... Dejé a mi madre desbrozando el huerto, y pensé en colarme en la huerta y coger algunas manzanas. Trepé a un árbol, me caí y de repente me encontré en una fiesta en el jardín, una fiesta a la que no era bienvenido, todo el mundo vestía sus mejores galas – su madre – fue una tarde de verano, como hoy... Yo iba andrajoso – estaba tan asustado que me puse a correr y me caí en un foso de estiércol, me llené de mierda (perdón) – y corrí y corrí hasta que llegué al otro lado del lago frente a las cuadras donde ahora está cubierto de tablones de madera...

JULIA: Lo sé.

JUAN: Y vi un vestido blanco con un lazo rosa...

JULIA: Aquí...

Ella se señala la garganta.

JUAN: Sí. Y la niña del vestido blanco estaba acariciando un pony negro. Me acurruqué sobre las zarzas, no podía moverme porque si lo hacía me cortaba y observé a la niña acariciando al animalito y pude ver que la niña le susurraba al pony al oído, le susurraba todos sus secretos. Y ella parecía triste y sola. Y me enamoré de usted.

JULIA: No estaba triste, estaba feliz. Quería morirme.

JUAN: ¿Por qué?

JULIA: Porque estaba tan feliz.

JUAN: Pero no fue aquel momento cuando empezó. Cuando tenía cinco años vi a su madre llevándola en el carrito... un carrito azul y negro... su carrito. Yo tenía cinco años y ya entonces podía sentir la diferencia entre usted y yo. Mi primer recuerdo es *usted*... y un sentimiento sin las palabras para describirlo. Ahora podría llamarlo amor... o envidia. Un hombre de mi clase puede subir, como el pan, pero no como una tarta.

JULIA: Pero el mundo está cambiando...

JUAN: La biología no.

JULIA: Pero ahora hay grandes oportunidades, para prosperar en la vida...

JUAN: Yo soy un hombre que se ha hecho a sí mismo si eso es lo que está tratando de decir. Su padre ha sido bueno conmigo, prestándome libros. Se puede aprender mucho observando.

JULIA: ¿Y todavía *me observas*? ¿Qué es lo que ves?

JUAN: Sólo cosas sin más. Usted puede ser una señorita bastante ordinaria.

JULIA: No sé a qué te refieres.

JUAN: Pues que quizás no seamos tan diferentes; usted, yo, Cristina... su amigo el oficial

JULIA: *Nosotros* nunca nos hemos acostado.

JUAN: No, pero usted lo deseaba.

JULIA: Eso es ridículo. Él quería, pero yo me negué.

JUAN: Eso no es lo que yo he escuchado... ni lo que vi.

Pausa.

JULIA: ¿Cuándo?

JUAN: Hace dos semanas, en las cuerdas.

JULIA: Así que estás hecho un mirón perverso. Podría hacer que te despidieran por espiarme. Se lo podría decir a mi padre y –

JUAN: Y yo tendría que contarle lo que vi: a su hija de rodillas desabrochándole los pantalones al Oficial.

JULIA: No pasó nada.

JUAN: Lo sé, usted le asustó. Sólo Dios sabe por qué le condecoraron al valor – probablemente fue al colegio adecuado.

JULIA: (*Furiosa*) Ya es suficiente, esta conversación se ha terminado.

Ella se dirige a la puerta.

JUAN: Muy bien, ¿tengo su permiso para retirarme a la cama?

JULIA: ¿Con Cristina?

JUAN: Quién sabe.

Pausa.

JULIA: ¿Dónde están las llaves de la caseta del embarcadero?

JUAN: Allí.

JULIA: Sácame en barca por el lago, quiero ver la luna.

JUAN: Mire por la ventana.

Pausa.

JULIA: (*Dándose cuenta*) Temes por *tu* reputación.

JUAN: Tal vez. Si alguien sospechara (algo) podrían despedirme sin referencias, justo ahora que estoy progresando. Además también tengo una responsabilidad para con Cristina.

JULIA: ¡Ah, Cristina!

JUAN: Y para con usted – y para con su padre que confía en mi. Juega usted con fuego, Señorita Julia.

JULIA: Por suerte estoy asegurada.

La última canción termina fuera. Aplausos.

JUAN: Está cansada y borracha, le hace ser imprudente. Va a arrepentirse de todo por la mañana.

JULIA: ¿Arrepentirme de qué?

JUAN: No se haga la ingenua.

JULIA: Soy ingenua, ya te lo he dicho... No soy –

JUAN: Váyase a la cama.

Se oye el sonido de una multitud borracha acercándose desde afuera.

¡Váyase ahora, están viniendo para aquí!

Rápidamente Juan apaga todas las luces. Cierra el pestillo de la puerta y todas las contraventanas.

La multitud está afuera de la cocina. Estruendo de voces altas.

La habitación ha quedado ahora iluminada por una sola lámpara.

¡Por favor, Señorita Julia, obedézcame por una vez, váyase ahora!

JULIA: ¿Yo? ¿Obedecerte a ti?

JUAN: Sí.

JULIA: ¿Y si no lo hago?

El ruido afuera se intensifica, parece que la habitación esté rodeada.

JULIA: ¡No hay salida!

Alguien intenta abrir. La multitud está cantando ahora. La Señorita Julia y Juan se juntan.

JULIA: No tengas miedo. ¿Qué están cantando?

JUAN: Una canción obscena sobre usted y yo.

JULIA: No se atreverían.

JUAN: ¿Cree que la respetan? Están borrachos, son chusma, se ríen de usted, para ellos usted.... simplemente... está loca.

JULIA: Pero yo soy *amable* con todo el mundo.

JUAN: Usted cree que es amable pero en realidad es condescendiente. No puede evitarlo, lo lleva en la sangre.

Se besan y empiezan a forcejear con sus ropas – agresivos, riéndose, asustados.

JULIA: Llévame a tu habitación.

Ella le susurra, con intimidad.

JUAN: ¿Qué?

JULIA: Que me lleves a tu habitación.

Los golpes en la puerta se intensifican.

Juan y la Señorita Julia salen apresuradamente.

La luz disminuye.

Más tarde. Alrededor de las cinco de la madrugada, media luz gris de la mañana.

La única lámpara que quedó encendida permanece encendida. Las contraventanas están cerradas.

Cristina entra abrochándose la bata.

Se dirige a su escritorio, encuentra un cigarrillo y lo enciende. Fuma. Se guarda el paquete de cigarrillos en el bolsillo.

Va al fregadero y bebe un sorbo de agua.

Busca un cenicero y encuentra uno sobre la mesa. Se queda mirándolo.

Ve los vasos de cerveza, uno de ellos con pintalabios en el borde.

*Ve que el bolso de la **Señorita Julia** y la botella con la poción están todavía sobre la mesa.*

Piensa, da una calada al cigarrillo, lo deja ardiendo lentamente en el cenicero.

*Sale en dirección a la habitación de **Juan**.*

Treinta segundos.

Cristina vuelve a entrar, consternada.

Vuelve a salir en dirección a su habitación. Recuerda algo. Vuelve y coge su cigarrillo, le da una calada, lo apaga, sin terminarlo.

Sale.

La luz baja.

Más tarde. Amanecer. Luz de la mañana entra a través de las grietas de las contraventanas.

*Entra la **Señorita Julia**, el pelo revuelto, el maquillaje corrido, cansada. Lleva sus zapatos en la mano.*

Va a por su pitillera que está sobre la mesa, pero está vacía.

Se dirige al fregadero, se lava la cara, bebe de las manos.

Hay una pequeña mancha de sangre en su vestido. Coge un trapo y frota el vestido.

***Juan** entra con los pantalones puestos y la camisa medio abierta y por fuera, sin zapatos. La observa. Ella le ve, sosteniendo el trapo ensangrentado.*

JULIA: ¿Dónde...?

JUAN: Aquí...

Él ve la sangre en el trapo.

JULIA: Lo siento.

Él coge el trapo y lo tira a la basura.

JUAN: ¿Estás bien? *(a partir de aquí empieza a tutearla)*

Ella asiente con la cabeza. Se besan, tiernamente.

Silencio. Intercambio de miradas.

JUAN: ¿Estás bien?

JULIA: Mmmhm.

Él le ofrece una silla, ella se sienta.

JULIA: ¿Queda algún cigarrillo?

***Juan** busca en el escritorio de **Cristina**.*

JUAN: Me temo que no.

*La **Señorita Julia** localiza una colilla a medio fumar en el cenicero. Lo coge contenta. **Juan** sonríe y le alcanza unas cerillas. Ella le acaricia la mano mientras él le ofrece fuego.*

JULIA: *Merci, ma chérie.*

JUAN: *Mon plaisir.*

Él se sienta junto a ella mientras fuma.

JUAN: Así que... Nueva York. Ese es el lugar para nosotros. ¿Si? Nueva vida, nueva gente. Conocí algunos soldados americanos durante la guerra, tengo sus direcciones y todo. Viven en... el Bronx. Tendremos que buscarles. A lo mejor pueden ayudarnos con el club nocturno. Me imagino que será muy inglés, glamuroso, sofisticado. Los ingleses les encantamos allí, se mueren por nuestro acento. Yo llevaré la contabilidad, el bar... tú serás la cara del establecimiento, fascinarás a todo el mundo...

La Señorita Julia asiente, sonríe.

Pero tenemos que darnos prisa. Cristina se levantará pronto y tu padre debe estar a punto de llegar. Conduciré hasta la estación, tomaremos el tren, y una vez en el barco... ya estamos allí. ¿Cuánto se tarda? ¿Dos o tres días?

JULIA: Una semana.

JUAN: Una semana.

JULIA: Dime que me quieres.

JUAN: Te quiero.

JULIA: Ven aquí.

Él la besa.

JUAN: Tenemos que irnos, Señorita Julia.

JULIA: ¡¿Cómo puedes llamarme *Señorita* ahora?!

JUAN: Porque estamos *aquí*... en esta casa con las botas de tu padre esperando a que las limpie. Y yo aquí sentado lleno de respeto... cuando esa campana suena – yo pego un salto. Pero en América será diferente... No me sentiré asfixiado... seré rico.

JULIA: Me da igual si eres rico o no. Dime que me quieres.

JUAN: Te quiero.

Se besan.

Vamos, se práctica. Nueva York, el club nocturno, ¿qué piensas?

JULIA: Suena bien, pero un negocio requiere capital, ¿tienes algo de capital?

JUAN: Por supuesto: tengo experiencia, conocimientos, sentido común – eso es un tipo de capital.

JULIA: Que no te servirá ni para comprarte un billete de tren.

JUAN: Entonces... necesitamos un inversor...

Pausa.

JULIA: Juan, yo no tengo nada de dinero. No tengo ni un céntimo. Está todo en un... fideicomiso.

Largo silencio.

JUAN: Ah, entonces...

JULIA: ¿Qué?

JUAN: Nos quedamos aquí.

JULIA: Yo no puedo quedarme aquí... como tu amante. Mi padre – la gente – no podemos quedarnos aquí, estoy segura de que te das cuenta de ello ¿verdad?

JUAN: (*Frío*) Yo no me doy cuenta de nada. (a partir de aquí deja de tutearla)

JULIA: Pero no necesitaremos dinero, estaremos juntos.

JUAN: Necesitamos dinero para *estar* juntos.

Silencio.

JULIA: ¿Qué he hecho?

JUAN: Caer... breve... pero plazeramente, espero.

JULIA: ¿Me odias?

JUAN: No.

JULIA: ¿Te has aprovechado de mi?

JUAN: Creo que ha sido mutuo.

JULIA: Pero acabas de decirme que me quieres....

JUAN: Usted confunde amor y deseo.

JULIA: Yo (*sí*) te quiero.

JUAN: Felicidades.

JULIA: Cómo puedes.... ¿*qué* eres?

JUAN: Tan sólo un hombre. Deje de jugar a hacerse la adolescente llorona, Señorita Julia. Nos dimos un revolcón en el heno, olvídelo, tómese una copa, es usted más divertida cuando está toda apretada.

JULIA: Me debes respeto al menos.

JUAN: Eso es lo último que usted quería ahí adentro. Sabe, en realidad me ha dejado estupefacto.

JULIA: Eres repugnante.

JUAN: No, *usted* es repugnante. Le dije que esto acabaría en lágrimas. Tengo trabajo que hacer.

Empieza a lustrar los zapatos.

¿No es esto donde empezamos?

JULIA: Pero ¿y las cosas que dijiste...? ¿Qué pasa con tu historia? ¿Con el vestido blanco, el pony...?

JUAN: Le dije lo que usted quería escuchar, se llama seducción.

JULIA: ¿Soy tu conquista? ¿Nada más que eso?

JUAN: No me obligue a ser cruel.

JULIA: Dime qué es lo que soy.

Pausa.

JUAN: Un polvo.

JULIA: (*Como una niña, para sí misma*) Estoy completamente sucia.

JUAN: Pues lávese.

JULIA: ¡PONTE DE PIE PARA HABLARME!! ¡PONTE DE PIE! ¡RECUERDA TU POSICIÓN!

Se levanta.

JUAN: ¿Cuál de ellas, Señora? Ha habido tantas.

JULIA: Todavía eres un criado, recluta miserable, todavía eres un criado.

JUAN: Y usted es la furcia de un criado. No vaya ahora de superior conmigo, Señorita Julia. Ninguna mujer de mi clase me acosaría de la manera en que usted lo hizo anoche, ninguna mujer de mi clase querría lo que usted quiso anoche; sudando y rebuznando, con su cara contra la almohada, mordiéndose la mano para dejar de gritar como una loca y no despertar a toda la casa. Avergonzaría a una zorra de medio pelo en Piccadilly.

JULIA: ¿Acaso merezco esto?

JUAN: ¿Qué tiene que pensar un hombre si le ruega que le pague?

Ella se rompe.

JULIA: Por favor basta... lo sé... merezco esto... Soy mala... soy una niña mala.

Él la abraza, lleno de pena y deseo.

JUAN: No, no lo es... Yo también tengo la culpa... No quería decir lo que dije... por favor, lo siento...

JULIA: Hazme daño otra vez.

JUAN: No debe decir eso, las cosas tan sólo... llegaron demasiado lejos. Nadie sabe lo que ha ocurrido, debe intentar olvidarse de todo esto.

JULIA: ¿Me quisiste? ¿Por lo menos en la cama?

JUAN: Por supuesto que la quise, ¿no se dio cuenta?

JULIA: ¿Cómo podría darme cuenta? No tengo experiencia, no he vivido.

JUAN: Vamos, está siendo –

JULIA: ¡NO ME DIGAS LO QUE ESTOY SIENDO!

Pausa.

¿Estoy fea?

JUAN: No está en su mejor momento.

JULIA: ¿Es esto lo que querías? ¿Verme – reducida? ¿Es esta tu venganza? ¿Tu pequeña victoria de clase?

JUAN: No. He soñado con usted toda mi vida... y ahora tengo que despertarme. No estoy diciendo que no podría quererla, por supuesto que podría, por supuesto que podría... lo único que tengo que hacer es mirarla... es usted preciosa.

Él intenta besarla.

JULIA: ¡Fuera! ¡QUÍTAME TUS MANOS DE ENCIMA! ¿Qué clase de hombre se excita con la desesperación de una mujer?

JUAN: Cualquier hombre, imagino.

Ella da vueltas frenéticamente alrededor de la cocina casi olvidándose de él.

JULIA: Tengo que huir. No puedo quedarme aquí, jamás podré superar la vergüenza y cuando mi padre se entere me matará. Va de Laborista pero desprecia a las clases inferiores, son demasiado estúpidas y decepcionantes. Te despediría en el acto y haría mi vida miserable. No pienso ser el hazmerreir de los criados – ¿dices que me encuentran paternalista?

JUAN: Condescendiente.

JULIA: Cállate, estoy intentando pensar. Ponme una copa.

Él coge la botella de vino y una copa.

¡Vamos! ¡Vamos!

Él le sirve vino en una copa y ella se la bebe de un trago. Extiende el brazo con la copa para que le sirva más.

JUAN: Ya has tomado suficiente.

JULIA: De ninguna manera. ¡SÍRVEME!

Él le sirve otra copa.

Dios, quiero otro cigarrillo, ¿dónde diablos están los de Cristina?

JUAN: Ni idea.

JULIA: No me arrepiento de nada. Todo es simplemente perfecto. Me escaparé, como en las películas –

JUAN: Señorita Julia –

JULIA: ¡Cállate! ¿Has visto esta película con... he perdido el hilo... te he hablado de mi madre? Estaba obsesionada con la emancipación de la mujer... juró que jamás se casaría así que le dijo a mi padre que sería su amante pero nunca su esposa.

Pausa.

Pero después... nació yo. En realidad fui.... un error.

JUAN: ¿Eres ilegítima?

JULIA: Mhm, gracioso ¿verdad? Así que tuvieron que casarse y mi madre me crió como... una criatura de la naturaleza. Quería que yo demostrara la igualdad de sexos. Solía vestirme con ropa de chico y me hizo aprender agricultura – me hizo matar un zorro cuando tenía...

Ella hace una pausa brevemente, recordando.

Y después reorganizó la finca, las mujeres tuvieron que hacer el trabajo de los hombres y los hombres el trabajo de las mujeres. Éramos el hazmerreir de todo el condado. Hasta que finalmente mi padre explotó y ella empezó a seguir las reglas.

Pero mi madre empezó a pasar las noches fuera... y a tener amantes, la gente hablaba, ella culpaba a mi padre del fracaso de su experimento... sus infidelidades fueron su venganza. Discutían constantemente, se peleaban, a menudo ella tenía cortes y moratones.... él también, ella tenía mucha fuerza cuando estaba enfadada... y después hubo rumores de que mi padre intentó suicidarse...

Juan está estupefacto.

Sí, falló... *(sonríe)* obviamente.

Pausa.

Yo no sabía de qué lado ponerme... creo que aprendí todas mis emociones a los diez años y después ya nunca desarrollé ninguna más. Los niños sienten el mundo de una manera tan profunda... sin ninguna sofisticación para protegerse a sí mismos... la verdad es que no es justo.

Pausa.

Mi madre – casi en su lecho de muerte – no, *en* su lecho de muerte, me hizo jurar que jamás sería la esclava de ningún hombre.

JUAN: ¿Y el Oficial?

JULIA: Él iba a ser *mi* esclavo.

JUAN: Pero salió por patas.

JULIA: Era mucho más complicado que eso.

JUAN: No parecía muy complicado.

JULIA: Desde tu punto de vista privilegiado probablemente no. ¿Qué es lo que ves *tú*, eh? Tú miras al mundo a través de tus ojos llenos de ácido.

JUAN: ¿Usted también me odia?

JULIA: Por supuesto.

JUAN: Pero no me odiaba cuando estaba dentro de usted.

JULIA: Fui débil, pero no volveré a serlo. Si de mi dependiera haría que te pegaran un tiro, como a un caballo derrotado en el Grand National y te daría de comida para los perros.

JUAN: Sólo los purasangre corren en el National.

JULIA: Dejan participar a los jacos mal hechos, a los que tienen el pecho débil, *'pour encourager les autres'*.

Él le agarra fuerte y le fuerza a tumbarse sobre la mesa, la cabeza por delante.

¡No te atreverás!

Él le sube el vestido.

¿Y si aparece tu cerda chillando por su cerdo? ¿Y si Papá hace sonar el timbre?

Él la suelta.

La verdad es que debo huir. Divertirme durante un par de días, o una semana si puedo soportarme todo ese tiempo y después...

Ella hace un gesto de cortarse el cuello que él no ve.

JUAN: Nueva York suena más atractivo.

JULIA: ¿Tú? ¿En la capital del mundo? ¡No sobrevivirías ni cinco minutos! Con tus torpes manos y tus uñas mugrientas, con tu ingenio rápido pero tu mente lenta, lenta. Tu conversación de bar y tu grupito de colegas y la forma en la que tragas cerveza como si te estuvieras enjuagando la boca. No, tú no encajarías en Nueva York – con tu traje mal cortado – y la vergüenza de tu desmovilización del ejército – mal cosidos por algún trol deforme del East End. ¿Tú? ¿Llevar un club nocturno? Te recuerdo en la feria del pueblo, ¡ni si quiera podías correr en la carrera de la cuchara y el huevo por culpa de tu “pecho débil”!

JUAN: ¡Por fin habla verdadera sangre azul! ¡La pequeña bastarda de sangre azul! ¿Y usted es la que me ha llamado snob *a mi*? Una vez investigué su `pedigrí`, en aquel libro del despacho de su padre. (*Levanta la vista*) ¿Le gustaría saber quién fue su primer antepasado? Un granjero, un apestoso y estúpido granjero que quinientos años atrás chuleó a su mujer con el rey. Y a cambio.... todo esto. Indudablemente lo disfrutó, la muy zorra. La sangre de una puta fluye por sus venas desde hace siglos.

Él le coge la cara. Se miran fijamente el uno al otro.

JULIA: Muere conmigo Juan, un pacto suicida.

JUAN: El suicidio es para cobardes.

JULIA: Gallina.

JUAN: Es un crimen contra la ley de Dios.

JULIA: ¿Crees en Dios?

JUAN: Apasionadamente. Estoy completamente enamorado del tipo.

Él la suelta.

Me voy a la cama.

Empieza a irse.

JULIA: Te olvidas de quién soy yo.

Él se para.

JUAN: Ah, sí, claro.

Saca unas monedas de su bolsillo y las tira sobre la mesa.

Aquí tiene unas pocas monedas, gracias, cariño.

JULIA: (*Calmada*) No es suficiente. Te has llevado mi virginidad, me has humillado, has abusado de mi y del honor de mi familia – eso tiene un *precio*. Tú no vas a salir de esta habitación. O escuchas lo que voy a decir o que Dios me asista porque gritaré que me has violado y no pararé de gritar hasta que estés en la cárcel.

JUAN: Señorita Julia... Lo siento. Siento mucho haberle hecho daño. Sé que está sufriendo. Lo siento, de verdad. Pero voy a casarme. Yo pertenezco a este mundo y usted también. Con el tiempo usted se olvidará de todo esto hasta que sólo sea un leve dolor. Podrá vivir con ello, es la vida.

JULIA: El dolor hace daño, no podré soportarlo.

JUAN: Tiene que hacerlo.

Pausa.

JULIA: ¿Por qué no me quieres?

JUAN: Sí que la quiero.

JULIA: No. ¿Por qué *no puedes* quererme?

Pausa.

JUAN: Miedo.

Pausa.

JULIA: Juan... dime qué tengo que hacer. Ordénamelo. Estoy tan cansada que no puedo pensar. Siento las piernas huecas, como si no tuvieran sangre.

JUAN: Vaya arriba. Vístase. Coja dinero para el viaje – del escritorio de su padre, del segundo cajón de abajo, la llave está en la repisa de la chimenea bajo el reloj.

JULIA: Ven conmigo.

JUAN: No puedo.

JULIA: No, a mi habitación.

Él duda.

JUAN: No puedo.

JULIA: Por favor.

JUAN: Vaya. Baje cuando esté lista, yo la llevaré a la estación.

JULIA: Se dulce conmigo.

JUAN: Las órdenes nunca suenan bien. Ahora ya lo sabe. *Vaya.*

Ella sale.

Juan abre las contraventanas y empieza a “normalizar” la habitación: se guarda las monedas, tira a la basura la medicina del perro, esconde el bolso de la Señorita Julia, vacía el cenicero, guarda la botella y el vaso, saca el trapo ensangrentado de la basura y consigue metérselo en el bolsillo justo cuando entra Cristina.

Está vestida para ir a la iglesia. Lleva un traje, una camisa y una corbata en una percha.

CRISTINA: Buenos días.

JUAN: Buenos días, mi amor.

CRISTINA: He planchado todo esto, para ir a la iglesia.

Ella le entrega a él su ropa.

JUAN: Gracias. No tardo ni un minuto.

Va a salir.

CRISTINA: No hay nadie despierto, vístete aquí.

JUAN: ¿Aquí?

CRISTINA: Date prisa, que vamos a llegar tarde.

Él empieza a cambiarse. Cristina se sienta y le observa. Silencio.

JUAN: ¿Cuál es el evangelio de hoy?

CRISTINA: No lo sé. Te ves cansado.

JUAN: Pesadillas, como siempre. ¿Tú has dormido bien?

CRISTINA: Como un tronco.

Él está peleándose con el nudo de la corbata.

JUAN: ¿Me ayudas con el nudo de la corbata?

Ella le hace el nudo de la corbata. Él le acaricia la mejilla. Ella atrapa su mano y le huele sus dedos.

CRISTINA: Necesitan un (buen) lavado.

Se miran el uno al otro. De repente ella le da un fuerte bofetón en la mejilla. Él se queda mirándola.

CRISTINA: Me desperté por la noche, abrí la puerta de tu cuarto.

Pausa.

Estabais los dos de espaldas a mi.

Pausa.

Me preguntaba si ibas a decírmelo, ya que nos vamos a casar, para bien o para mal.

JUAN: Por supuesto iba a decírtelo. Lo siento.

CRISTINA: No te molestes. Me imagino que lo habrás hecho con todas las putitas de Francia. Mis expectativas son muy bajas. Raramente me decepciono. Lo entiendo, ¿cómo vas a ser capaz de resistir su belleza si tan solo eres un hombre?

Ella vuelve a darle otra bofetada en la mejilla.

No vamos a quedarnos aquí, por cierto, así que puedes ir olvidándote de que vuelva a suceder. No voy a trabajar en una casa en la que no puedo respetar a mis superiores.

JUAN: La vida es mucho más que respetar a los superiores.

CRISTINA: Hipócrita, te arrastras delante de Su Señoría. Te he visto; leyendo sus libros, intentando entablar con él `conversaciones de política`. Le aburres, piensa que eres un trepa adulator.

Pausa.

Aunque estoy sorprendida con ella, si por lo menos hubiera sido con un caballero, podría entenderlo, pero tú... ¿tú quién eres?

JUAN: No ha sido su culpa, yo me he aprovechado.

CRISTINA: Oh, defendiendo el honor de su querida, qué noble.

Pausa.

CRISTINA: ¿Qué tal se ha desempeñado ella?

JUAN: Cristina –

CRISTINA: No, no me lo digas, lo vi.

Pausa.

Tu imprudencia va a peor.

Pausa.

Mírate, no puedes creértelo, ¿a que no? Todavía estás reviviéndolo en tu cabeza, tu sucia peliculita en el sucio cine de mala muerte de tu sucia cabeza.

JUAN: Ya lo has dejado claro.

CRISTINA: Hoy daremos el preaviso de que nos vamos. Iremos a Leeds. Nos quedaremos con mi hermana hasta que nos arreglemos. Puedes encontrar trabajo como botones o como conserje. En algún lugar estable y seguro con una buena pensión para una esposa. Y para los niños. Vamos a querer formar una familia tan pronto como nos casemos. ¿No es así?

JUAN: Sí.

Una puerta se cierra fuertemente sobre sus cabezas en el despacho.

CRISTINA: ¿Qué ha sido eso?

JUAN: Claire, seguramente.

CRISTINA: ¿Podría ser Su Señoría? ¿Que haya llegado temprano? Quizás haya cogido el primer tren.

JUAN: No, habría llamado por teléfono.

CRISTINA: En cualquier caso, debe de estar a punto de llegar – ¿has terminado con sus zapatos?

JUAN: Casi.

CRISTINA: Haré su café.

JUAN: Yo lo haré. No llegues tarde a misa, yo te alcanzo por el camino. Venga ve... yo me ocupo... le serviré el café, me afeito y después...

CRISTINA: ¿Qué?

Juan no puede hablar. Ha decidido escaparse con la Señorita Julia.

JUAN: Tengo que hacer... cosas.

CRISTINA: De acuerdo. Te espero en la puerta.

JUAN: La puerta.

CRISTINA: Al final del camino.

JUAN: Lo sé.

Cristina sale. Juan camina por la habitación, organizando las cosas en su cabeza, excitado, nervioso.

Después de un rato, la Señorita Julia entra vestida para viajar. Lleva una maleta, un bolso, una sombrerera y una jaula de pájaros cubierta con una tela. Juan le ayuda.

JULIA: He visto salir a Cristina.

JUAN: Se ha ido a misa.

Él la mira fijamente.

JULIA: ¿Sospecha algo?

JUAN: No, nada. Está... guapísima.

JULIA: ¿De verdad?

JUAN: Sí.

Ella abre su maleta y saca un vestido blanco de niña con un lazo rosa.

JULIA: Mira. Mi vestido. Estaba en el cuarto de los niños.

Ella lo sostiene contra su cuerpo. Él la acaricia.

JULIA: Ven conmigo. Había una fortuna en el escritorio de Papá. Ven conmigo, a donde tú quieras, no me dejes sola.

JUAN: Enséñemelo.

JULIA: Está en mi bolso.

Él saca un enorme fajo de billetes. Se queda mirándolos atónito.

JUAN: Tardaría cinco años en ganar todo este dinero.

Pausa.

Muy bien. Vayámonos. ¡Pero *ahora!*

JULIA: Yo estoy lista.

Él se pone su chaqueta, ella le ayuda.

JUAN: ¡Tenemos que irnos ya!

JULIA: ¡Yo estoy lista! ¡No te has puesto los zapatos!

JUAN: Voy a buscarlos.

Ella señala las botas de su padre.

JULIA: Ponte esos.

Él duda. Ella insiste.

Póntelos...

Él duda.

Póntelos, Juan.

Él piensa, después se los pone, ella le observa atentamente.

JUAN: Y nada de equipaje, es una señal.

JULIA: Sí, solamente lo que podamos llevar en el compartimento.

Él ve la jaula.

JUAN: ¿Qué es eso?

Ella quita la tela.

JULIA: Es Serena, es mía. No puedo dejarla aquí.

JUAN: No sea ridícula, ¡no podemos llevarnos eso!

JULIA: ¡No seas cruel, deja que me la lleve!

JUAN: Déjela. ¡Deje la jaula! ¡Deje – la jaula!

JULIA: ¡NO ME DES ÓRDENES!

JUAN: ¡Ssshhh! Su padre puede llegar en cualquier momento – o Cristina – o cualquiera. Deme la jaula.

JULIA: No voy a dejarla aquí. Dejémosla libre.

JUAN: Es un pájaro doméstico, no sobreviviría ni un día ahí afuera.

JULIA: Entonces máatala.

Pausa.

¿Te da miedo?

JUAN: No.

Ella saca el pájaro fuera de la jaula.

JULIA: Por favor no dejes que sufra.

Ella se queda mirando al pájaro.

¿Debes morir y dejar atrás a tu amante?

Le entrega el pájaro a Juan. Él lo lleva a la tabla de cortar.

JUAN: Por favor no haga ninguna escena. Es un animal tonto. Voy a matarlo y después nos iremos... ¿entendido?... le sugiero que mire para otro lado... ¿ENTENDIDO?

Ella asiente con la cabeza. Él mira alrededor buscando el hacha. Ella le alcanza el cuchillo del pan.

Él aparta la mirada. Ella se queda mirando fijamente, paralizada.

JULIA: *(Tranquilamente)* No...

Él le corta la cabeza al pájaro.

Limpia el cuchillo en un trapo.

Hay sangre entre nosotros.

JUAN: Vámonos.

JULIA: ¿Vámonos? ¿Contigo? ¿Ahora?

Ella coge el pájaro decapitado y esparce su sangre por la cara de Juan.

¿Quién tiene miedo de la sangre? ¿Quién tiene miedo de la sangre? Dime, ¿Quién tiene miedo de la sangre?

Ella le besa agresivamente y después mete su mano dentro de los pantalones de Juan.

¿Cuánto sangraría esto? ¿Sangraría como yo... anoche...? Podría usar tu calavera para beber de ella... podría abrirte en canal como a un cadáver y trepar dentro de ti... revolcarme en tu débil y mojado pecho... tostar tu corazón con mi aliento y comérmelo de una vez. ¿Te crees que soy débil? ¿Porque te quería dentro de mí? Es

biología – tan sólo químicos – ¿te crees que quiero escapar contigo y llevar tus maleducados niñatos dentro de mí?... dar de comer a tus engendros con mi sangre... eso no es lo que la vida tiene para ti, Caballero... ¡vamos! ¿Crees que quiero un hijo tuyo? ¿Crees que quiero llevar tu nombre? Mírame... ¿cuál es tu nombre? ¿Y tu apellido? Jamás lo he escuchado... a lo mejor no tienes ninguno. Yo sería la Señora Escoria, la Señora del Vendedor Ambulante... ¿eh? ¿Eso es lo que quieres? ¿Una esposa buena y sumisa? ¿Una chica decente como yo? Perro que llevas mi escudo en tus botones ¡Eso es lo que eres! Botones. ¿Acaso crees que te compartiría con mi cocinera? *Vamos...* ¿no te lo estás pasando bien?

Ella saca la mano de adentro de los pantalones de él y se sienta en la mesa.

Papá estará de vuelta pronto, se va a encontrar con su escritorio abierto, el segundo cajón de abajo, y que su dinero ha desaparecido. Tocaré el timbre – dos veces para su lacayo – *ese eres tú* – y después hará venir a la Policía. Y yo diré ha sido ÉL, oficial. *(Con acento de clase baja)* “Él es quien lo ha hecho”. Y les cuento todo. Y después le da un ataque al corazón a Papá y se cae muerto redondo. Fin de la historia. El tren llegará a su fin en esta estación. La estirpe se coagula. Sin herederos. Ya no habrá ninguno más de nosotros. Muertos. ¿Pero qué fue del lacayo? Ah, sí, el de la dinastía de los indigentes, tercera parada después de la alcantarilla, termina en la cárcel.

Entra Cristina. Se queda parada en la puerta.

Y aquí está la madre. ¿Tienes un pitillo, cariño?

Cristina *observa la escena: la maleta, el pájaro muerto, el dinero, el vestido, la sangre en la cara de Juan.*

Saca una navaja de afeitar de su bolso.

CRISTINA: *(Comedida)* Me acordé al llegar a la puerta; tu afeitadora estaba rota. No hubieras podido afeitarte. Ahora sí puedes. Se la he pedido prestada al guardés.

JULIA: Su perro mató a mi perro.

Cristina *le entrega a Juan la afeitadora.*

CRISTINA: Ve a afeitarte.

Juan *sale.*

JULIA: Cristina, tú eres mi amiga, siempre hemos tenido nuestras pequeñas charlas juntas, ¿verdad? Escucha –

CRISTINA: ¿A dónde iban?

JULIA: A Nueva York. No fue mi idea, pero si me escuchas... ah, estás enfadada... escúchame: Juan y yo... estamos enamorados –

CRISTINA: No quiero saberlo.

JULIA: No ves que simplemente no podemos quedarnos aquí y que –

CRISTINA: Él no va a ninguna parte.

JULIA: (*Gritando*) ¡Por favor intenta permanecer tranquila, Cristina!

Pausa.

Es un nombre muy bonito, Cristina. Como te estaba diciendo, no podemos quedarnos aquí por varias razones demasiado complicadas de explicar pero he tenido una idea brillante que es que vayamos los tres juntos a Nueva York y que abramos un club nocturno... Yo tengo algo de dinero... mira... no debes decirle a nadie que lo robé... y yo y Juan podemos llevar el club y tú estarás a cargo de la cocina. ¿No te parece genial algo así? Di que sí, porque si dices que sí entonces todo será agradable y no espantoso. Oh, ¿puedes darme uno?

Cristina le da a la Señortia Julia un cigarrillo y fuego.

Gracias. Te encantaría Nueva York... El Metropolitan... eso sí que es un museo y el Empire State Building que es tan alto que cuando estás arriba del todo la gente en la calle parecen insectos... no se permite tirar monedas sobre ellos porque puede matarles... y en el invierno los niños patinan sobre el lago de Central Park, cuando yo estuve allí con mi padre fui a patinar al lago... él me hizo...

Hace una pausa, recordando algo.

Y estoy convencida de que el club nocturno va a ser un éxito tremendo y la gente podrá bailar y nosotros podremos beber cuando queramos porque seremos los dueños de toda la bebida... y con tu hermosura, no te estoy adulando ni siendo condescendiente, conocerás a un buen marido, un americano rico, ya verás... a los americanos les encantamos... se mueren por nuestro acento... y viviremos en el Upper... East Side... o en el West Side... East o West... en realidad da igual... o siempre podremos volver a casa... de vuelta aquí... o a alguna otra parte... ¿no te parece?

CRISTINA: ¿Usted se cree todo esto?

JULIA: No.

Juan aparece, lleva la navaja de afeitar en la mano.

CRISTINA: Así que ibais a escaparos. Estás tan loco como ella.

Él le devuelve la afeitadora.

JUAN: Muestra algo de respeto, ella es tu señora todavía.

CRISTINA: ¡¿El qué, esto?!

Señala a la Señorita Julia.

¡¿Este charco inmundo?! Este es el resultado de la debilidad moral.

Cristina deja la afeitadora.

JUAN: ¿Y tú te crees superior? Ella se ha acostado conmigo y tú has hecho lo mismo, ¿cuál es la diferencia?

CRISTINA: ¡Mírale, el gallito del corral! Jamás he caído tan bajo como ella. O como tú. Yo no soy una ladrona.

JUAN: ¡Estúpida zorra! Has comerciado hasta con tu madre en el mercado negro, ¿eso qué es, honesto y esforzado trabajo duro?

CRISTINA: Me voy a misa.

JUAN: Exacto, aférrate a tu superstición.

CRISTINA: Nuestro salvador sufrió y murió en la cruz por todos nuestros pecados y si nos acercamos a él desde la fe y con un corazón arrepentido, él aceptará la responsabilidad de todos nuestros pecados.

JUAN: ¿Incluidos los sobornos al carnicero?

Cristina coge el fajo de billetes y los mete en su bolso. Después coge las llaves del coche del aparador.

CRISTINA: Y me llevo todo esto en caso de que alguno estuviera pensando en irse antes de que su Señoría vuelva a casa.

Sale. Silencio.

JUAN: Dios, desprecio la religión.

JULIA: ¿Y por qué la practicas?

La Señorita Julia empieza jugar con la afeitadora. Juan se la quita.

JUAN: No haga eso, va a hacerse daño.

JULIA: Es lo que quiero.

JUAN: No, no es lo que quiere.

JULIA: Sí que lo es pero no puedo. Igual que mi padre – él tendría que haberlo hecho. El muy cobarde.

JUAN: Está cansada.

JULIA: Estoy hecha añicos.

JUAN: ¿Quiere un poco de té?

JULIA: No gracias.

JUAN: Yo voy a tomar un poco...

JULIA: No.

Él pone la tetera en el fuego. Ella vuelve a coger la afeitadora.

No ha dejado ningún cigarrillo, ¿verdad?

JUAN: ¿Usted qué cree?

Pausa.

Su padre no es un cobarde.

JULIA: Oh, sí que lo es.

Juguetea con la afeitadora.

Tú no le conoces. Tú no tienes ni idea de lo que es ser la hija especial de Papá. Por supuesto que le quiero. Le quiero tanto como le odio. Está todo el tiempo dentro de mi cabeza. Y mi madre también. ¿Quién tiene la culpa de lo que somos? Es un lío terrible y espantoso. Mis pensamientos son los de él, mi sensibilidad es la de ella. Un círculo interminable.

JUAN: Los círculos son siempre interminables.

Suena el timbre. Tres timbrazos firmes, altos.

¡Su padre ha vuelto!

Sale corriendo al teléfono, instintivamente arreglándose la corbata.

JUAN: *(Al teléfono)* Soy Juan, Señor... Sí, Señor... Sí, Señor... Sí, Señor.

JULIA: Tres bolsas llenas, Señor.

JUAN: Muy bien, Señor... excelente fiesta, Señor... no, no bebimos demasiado, Señor... gracias, Señor... sí, todo el mundo se lo pasó muy bien, Señor. No, ningún desperfecto, Señor... Sí, en seguida.

Cuelga el teléfono.

(En estado de pánico) ¡Quiere sus zapatos y su café inmediatamente!

Busca los zapatos sobre la mesa. No están. A continuación, horrorizado, recuerda que los tiene puestos. Se los quita y los pone sobre la mesa.

¿Puedes darles un repaso? *(Se para súbitamente)* Perdón.

JULIA: ¿Creíste que yo era ella?

JUAN: Sí, discúlpeme.

JULIA: *(Para sí misma)* Ha sido bonito.

Juan corre de un lado para el otro, preparando las cosas: busca y encuentra la cafetera, la vajilla de porcelana china y una bandeja de plata. Saca brillo a una cucharilla y después empieza a moler el café.

La Señorita Julia le observa, en shock ante su servilismo.

JULIA: Mírate... dejándote el pellejo... tan leal... Juan el Bautista. Y Papá es... Herodes. Y yo soy Salomé.

JUAN: Estás borracha todavía.

Ella se acerca a él con la afeitadora, impidiéndole trabajar.

JULIA: Yo soy Salomé y (ahora) tú puedes tener tu venganza, Juan. Da la orden. Sabes que puedo obedecer órdenes. Qué se siente al matar, dime qué se siente.

Ella acaricia su mejilla con la afeitadora.

JUAN: No se siente nada. Simplemente obedeces la orden.

JULIA: Dame la orden, Oficial.

JUAN: Yo no soy un oficial.

Él sujeta fuerte la muñeca de ella para evitar que le acuchille o que ella misma se acuchille. Se mueven juntos lentamente. Una danza extraña.

JULIA: Lo sé, no es justo, ¿verdad? Dame la orden – desertor – niño – campesino. Ordéname.

Pausa.

¿Qué harías si Papá tocara el timbre y te ordenara que te cortaras el cuello? Obedecerías, ¿verdad?... porque es tu deber... porque naciste para obedecer. Da la orden, esclavo.

JUAN: Hágalo usted misma.

JULIA: Sola no me divierto. Dame la orden. Sé el hipnotizador en la feria del pueblo. Te acuerdas de la feria. Te vi allí aquel último verano, antes de la guerra... ¿te acuerdas?

Asiente con la cabeza.

Tú me viste... ahí es cuando supe que me deseabas, estabas encadenado a Cristina... ya enterrado en vida... pero yo sé que tú me viste... estabas hipnotizado... describe mi vestido.

JUAN: Blanco con un lazo rosa...

JULIA: Aquí...

Hace el gesto de cortarse el cuello con la afeitadora.

Y me miraste mientras hacíamos la cola del hipnotizador, me miraste con deseo, miraste a la que tenía todo y te hiciste a un lado, y dijiste: `Después de usted Señorita Julia´.

JUAN: Usted sonrío y dijo:

JULIA: Gracias, Juan.

JUAN: ¿Cómo sabías mi nombre?

JULIA: Porque le pregunté a mi padre.

JUAN: ¿Por qué?

JULIA: Porque te deseaba. Porque sentí tus ojos sobre mi para siempre... porque haces el trabajo sucio de mi padre... porque siempre has estado mirándome, esperándome... porque tienes sed de venganza... eres el ángel de mi padre con tus ojos sobre mi para siempre.

Pausa.

Y el hipnotizador le dice a su cliente... `Coge esta escoba´ Y sientes que tienes una escoba entre las manos y entonces tomas la escoba y él dice `Barre´ y barres y después no recuerdas nada.

JUAN: Primero hay que estar dormido.

JULIA: Estoy dormida. La habitación está llena de humo y tú eres una estufa de hierro, eres un hombre vestido de negro con una chistera, tus ojos resplandecen como brasas cuando el fuego muere y tu cara está tan blanca como la ceniza.

Suavemente él pone la navaja de afeitar en la mano de ella.

JUAN: Aquí tienes la escoba...

Él le susurra al oído.

Ella se gira hacia él, sosteniendo la navaja, asiente con la cabeza.

Se besan brevemente, tiernamente.

Mientras salen lentamente suena el timbre, una vez, alto.

Él va a salir, ella le retiene.

JULIA: Es sólo un timbre. Reza por mi...

JUAN: No creo en Dios...

JULIA: Pero reza por mi.

El timbre vuelve a sonar, dos veces.

JULIA: Tan sólo es un timbre, ángel adorado...

JUAN: No es tan sólo un timbre. Hay alguien detrás de él. Y una mano que lo pone en marcha... y un enorme universo que gira y pone la mano en marcha. Y si bloqueas tus orejas sonará más alto hasta que contestes, hasta que llegue la policía... es el infierno... y no hay nada más... *ve.*

La Señorita Julia camina hacia la puerta, la navaja de afeitar en su mano, no mira atrás.

Sale.

Juan se sienta en la mesa.

Empieza a lustrar los zapatos.

Veinte segundos.

Fundido a negro.

FIN

® Todos los derechos reservados de propiedad intelectual y de representación de **PINCHEFORN PRODUCCIONES S.L.**